



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año II | Número 8 | Diciembre 2021

Discursos en pandemia: una herida sociocultural en busca de su cicatriz

Ricardo Adrián Steiner¹

ricardo.a.steiner@gmail.com

¹ Profesor en Lengua, Literatura e Historia. Licenciado en Enseñanza de la Lengua y la Comunicación (Universidad CAECE) y Especialista Docente de Nivel Superior en Escritura y Literatura (INFoD - Instituto Nacional de Formación Docente). Se desempeña como profesor de Historia, Lengua y Literatura en la Escuela Normal Superior N° 3 “Bernardino Rivadavia”, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Integra y codirige el grupo de investigación *Aura*, dedicado a la investigación sobre temas y problemas de la Literatura Hispanoamericana con el que ha participado de la Bienal Borges Kafka 2018 y que se propone, entre otras actividades, la realización de seminarios, cuya primera edición se realizó en 2019 en la Biblioteca Ricardo Güiraldes, de la ciudad de Buenos Aires, e implicó una revisión de la obra de Carlos Fuentes a través de un seminario de 13 conferencias.

En diciembre de 2019, la humanidad comenzó a transitar una etapa cuyas consecuencias por entonces resultaban difíciles de imaginar. La pandemia de Covid-19 no sólo causó estragos en el nivel sanitario, económico, político y social, sino que además sentó una serie de cuestionamientos respecto de la circulación de la información² y la formulación de discursos. Es fundamental tener en cuenta que las cuarentenas impuestas por los gobiernos en diferentes latitudes, independientemente de su duración y sus normativas particulares según el caso, vinieron a suspender las formas de organización vital y en especial de contacto con el otro. De este modo, nuevas y diversas formas de vinculación social emergieron de este complejo escenario. Es imprescindible tener en cuenta que las relaciones humanas se vieron trastocadas no sólo en su aspecto presencial físico sino, y especialmente, en las formas y mecanismos de comunicación, que se vieron exponencialmente aumentadas en su soporte virtual. Los planteos éticos y debates acerca de los límites muchas veces difusos del rol de la prensa y, en especial, de lo que se difunde a través de las redes sociales, encontraron un nuevo escenario en el que se experimenta (y concreta) un uso extremo de esa proliferación de mensajes e información, en los que la excesiva fragmentación y el poco control del contenido podrían implicar la puesta en riesgo de la población.

Dentro de este panorama, nos interesa reflexionar acerca de la mirada negativa que sobre el *otro* se ha generado; como producto de la desconfianza y temor ante la emergencia de una enfermedad desconocida, y la incertidumbre que sus efectos puedan causar, por un lado, y en especial sobre el aparato discursivo sobre el que se construye y difunden estructuras discursivas acerca de la enfermedad y sus consecuencias. En este sentido se pueden percibir mensajes optimistas o pesimistas y, en especial, se puede observar un anclaje ideológico desde donde proceden los enunciados. Lo interesante de remarcar, es la dirección de dichos enunciados en tanto que generadores de opiniones supuestamente validadas, y masivamente difundidas, que aportan a la

²El debate sobre este tema preexiste a la pandemia y es un tema vigente y central en la discusión y reflexión sobre los medios; sin embargo, cobra especial interés porque la divulgación de información puede salvar vidas o, por el contrario, causar daño en la salud pública, según sea falso o veraz su contenido.

construcción de un “humor social” y de una serie de “verdades” sobre las que se cimientan determinadas conductas.

Independientemente de esto, la pregunta es cuál es el límite razonable para la circulación de la información y cuáles son los límites éticos que deberían encauzar la generación y difusión de contenidos e información; y, finalmente, cuál debe ser el rol del Estado en este sentido: como garante y control, sin coartar la libertad de expresión.

En este escenario, nos interesa, además, y éste es el eje central de este estudio, plantearnos un análisis de las posibilidades que ofrecen la literatura y el arte como formas de cohesionar a grupos sociales a través de sus expresiones y, cuando esto no suceda, sí, en todo caso, motivar la reflexión en torno a las diferencias entre diversas formas de entender el problema.

Espacio compartido, vida social, frontera y distanciamiento

Un concepto interesante para este análisis es la noción de frontera como espacio compartido, como zona común en la que entren en tensión diversas fuerzas como la economía, la cultura y las formas de comunicación de los pueblos que confluyen, cada cual con sus particularidades –su cosmovisión, su carga cultural– y su memoria compartida, memoria social. Los diversos grupos que comparten espacios comunes entran en tensión y –en una relación de tensión–, de expansión y retracción de la que surgen sincretismos superadores, que no son sino el resultado de procesos de diálogo.

El escritor mexicano Carlos Fuentes, quien ha dado especial tratamiento al tema de la frontera en su obra, definió la zona limítrofe entre México y Estados Unidos como una herida abierta que conlleva y contiene tanto factores positivos como resultados negativos, producto éstos, en general, de la política. Para él, la zona de frontera

[...] Se está convirtiendo en un muro como el de Berlín, en una obscenidad. A esa frontera vital, alegre, llena de posibles aportaciones y gente magnífica de ambos lados, la política de separación que siguen los Estados Unidos le está infligiendo una nueva herida. (Fuentes, 1999, p. 257).

Esta expresión del autor tiene un especial efecto en los temas que, como dijimos, habitan su obra de manera central. Sin embargo, la noción de límite, frontera, y en especial en su nivel discursivo y cultural, tiene hoy una trascendencia mucho más compleja, los universos de pertenencia –los espacios de identidad– se habitan desde múltiples puntos de vista y son, mayormente, concomitantes, simultáneos e instantáneos; y, muchas veces, sin necesidad de habitarse en espacios físicos.

Rito y mito: literatura y memoria colectiva

La literatura se ha erigido a lo largo de la historia como uno de los constituyentes de la cultura de los diversos pueblos. La literatura, independientemente de su definición teórica y de la posición adoptada por los diversos enfoques críticos, se transforma en el relato, en la voz que emerge de los pueblos –grupos sociales que los integran– para convertirse en una forma visible de su identidad³. En los discursos literarios, como en cualquier otro discurso artístico o construcción cultural, entran en diálogo las diversas voces de un grupo social y generan, muchas veces desde la disonancia, una voz perceptible como identidad. Así, los temas comunes encuentran en su lenguaje expresivo una forma en la que anidan las marcas profundas de quienes constituyen esa pluralidad. Análogamente a lo que sucede con el estudio de los ritos en las culturas antiguas, podemos enfocar el análisis desde diversas ópticas, anclando la línea de estudio en y desde diversas disciplinas.

La identidad individual o personal no se forma de manera aislada en cada sujeto, sino que ésta es el producto de una relación con su grupo de pertenencia, relación que se da a través de la comunicación. La autoimagen que se extiende a lo colectivo termina por otorgar de manera consciente el estatus de identidad, individual y colectiva respectivamente. El yo se construye siempre en función de la comunicación con el resto del grupo. La identidad personal es

³ La utilización del singular “identidad”, obedece a una identidad que se refleja o emerge en los discursos literarios; no tiene, sin embargo, una connotación que apunte a identidad ligada a una literatura nacional, (es decir que no se presenta esta idea como literatura mexicana, sino como literatura rural mexicana, de la revolución, etc.) no hay una unidad totalizadora, sino una convergencia de unidades identitarias. Mi planteo es marcar los límites de esas identidades de grupo al margen de la constitución política, jurídica o religiosa de ese grupo.

siempre en relación con la identidad colectiva. Los signos por medio de los cuales los grupos se comunican y establecen las redes que construyen y consolidan la identidad, conforman un universo simbólico que otorga sentido al mundo y, con esto, establece la posibilidad de interactuar con el medio y hacerlo habitable.

El concepto de memoria encontró una perspectiva renovada hacia 1920, con los estudios de Maurice Halbwachs, quien introdujo el concepto de *memoria colectiva*. El sociólogo francés sostiene en su tesis la condición social de la memoria. En su trabajo prescinde de la base física de la memoria y pone en el foco los marcos de referencia sociales, ya que considera que sin éstos la memoria individual no podría darse. Un individuo que creciese solo no tendría memoria, la memoria es una marca colectiva que se produce a través de la comunicación en relación con otros dentro del marco social. Los recuerdos, de este modo, son un *fenómeno social*. Se concluye entonces que la memoria es la resultante de una participación individual de las memorias grupales colindantes, y que los recuerdos se apoyan tanto en el individuo como en el marco del grupo, son un sistema autónomo en cada persona, pero sus elementos surgen de la relación social y es allí donde se limitan, condicionan y apoyan.

El pasado se hace presente en cada hoy en el que confluye como aglutinante la memoria colectiva. Este proceso genera un sentido de pertenencia sin el cual, ese pasado traído al presente con la memoria no tendría sentido. Para que esto suceda, es necesario un fundamento común, al que se accede únicamente si se formó parte en el pasado y se forma aún en el presente, de una misma sociedad. El testimonio, ajeno y cerrado, es insuficiente, se debe ser parte para que la reconstrucción de la memoria se dé en cada individuo como partícipe de su grupo.

En palabras del sociólogo francés: “[...] la memoria colectiva es ‘esencialmente una reconstrucción del pasado’ que ‘adapta’ la imagen de los hechos antiguos a las creencias y necesidades del momento” (Halbwachs , 2011, p. 55). Por otro lado, también plantea que: “[...] nuestros sentimientos y pensamientos más

personales se alimentan de medios y circunstancias sociales definidos [...]” (Halbwachs, 2011, p. 78).

Una vez más destacamos lo central de las ideas de Halbwachs, el pasado es una construcción social, no es natural sino una creación cultural. Los grupos generan símbolos que funcionan como puntos de apoyo para su identidad, es a través de ellos que buscan consolidarse como grupo. Así, cada grupo consolida su identidad recordando su historia y actualizándola en cada presente hacia el que la atrae.

Resulta indispensable, antes del análisis, exponer algunas nociones y alcances del mito y el rito como formas de perpetuación y consolidación del pasado, una renovación que, a través de la memoria se erige como mecanismo para la construcción de la identidad.

No existe la vida social, la identidad de un pueblo, sin sus mitos fundacionales. No se trata de una elección sino de una forma inseparable del ser cultural que se da en la existencia colectiva y la comunicación.

Desde la mirada estrictamente antropológica, el rito tiene una función normativa, que impone valores morales que regulan la vida social. Esta función, así como las demás perspectivas acerca del mito, las planteamos aquí como formas análogas a las expresiones literarias y, en la actualidad, a los discursos e información que circulan a través de las nuevas redes de comunicación. Se trata, en definitiva, de narrativas sociales, las cuales podemos integrar dentro del ámbito más amplio y universal del análisis del discurso; e interesa, en especial, enfocar el análisis del sentido o sentidos posibles de la literatura, el cine, el lenguaje cotidiano, el arte y los mitos urbanos; lengua y lenguaje en una expansión sin límites.

El hombre es, en esencia, un ser verbal. Vivimos, parafraseando a Ricardo Piglia⁴, inmersos en una trama de relatos, y no sólo no podemos excluir de nuestras relaciones la textualidad, sino que ella de algún modo nos constituye.

⁴ La referencia surge de ideas que el autor presentaba en sus clases, en conferencias y entrevistas.

Nos vemos en el relato de nosotros mismos, que somos, como individuos y grupo, en interacción con el otro, en un permanente proceso de constitución, por cercanía y oposición.

Esta cuestión, ese *ver al otro* no se limita únicamente al presente, ni a una forma de percibir que implique una presencia directa y fáctica, sino que incluye la extensa carga cultural que cada sujeto carga y cuyo peso histórico no siempre se expresa y cuantifica de manera consciente (el *ser* en su construcción tácita no explícita). Para el sociólogo francés Halbwachs, el mito y el rito (y la historia) son los que participan del proceso de construcción identitaria. En nuestro tiempo, podemos estar seguramente cargados con esa “carga genética” a la que refiere Halbwachs, pero estamos en especial influidos, formateados y condicionados por los discursos que nos rodean y afectan de manera directa o indirecta, consciente o inconsciente, ya sea positiva o negativamente en relación con el otro.

El otro, los otros

La literatura, el arte y los discursos en general, que entendemos bajo el amplio espectro de narrativas sociales, el aparato discursivo y la literatura en particular, generan realidades posibles a través del lenguaje, lo que Jorge Luis Borges definió como una inversión del proceso de nominación del mundo -de la realidad-: “La lengua es edificadora de realidades” (Borges, 2012, p. 41). Si damos un paso más sobre esta cuestión, podemos entender el lenguaje como herramienta capaz de consolidar ideas del mundo que se impongan como “realidad” desde la ficción (o por lo menos desde el relato como forma de presentar una realidad con determinados sesgos) como también lo planteara el autor argentino “[...] una construcción del arte puede revertir sobre la realidad y crear un modelo de comportamiento para los hombres” (Barrenechea, 2013, p. 362). Así, resulta indispensable reflexionar sobre la forma en que percibimos la realidad, y la representamos y reproducimos, y cómo esas formas indefectiblemente tendrán las limitaciones del punto de vista, pero, sobre todo, deben y exigen tener anclajes en objetivaciones validadas -o validables. En este

sentido, es aplicable el concepto y las ideas de Mijaíl Bajtín en relación con “el personaje en su formulación espacial”. Al respecto, el lingüista ruso planteaba:

Cuando observo a un hombre íntegro, que se encuentra afuera y frente a mí persona, nuestros horizontes concretos y realmente vividos no coinciden. Es que, en cada momento dado, por más cerca que se ubique frente a mí el otro, que es contemplado por mí, siempre voy a ver y a saber algo que él, desde su lugar y frente a mí, no puede ver [...]. (Bajtín, 2008, p. 30).

Las formas de percepción del *otro* se transforman en una variable indispensable para entender las relaciones en general y, en especial, en este nivel que pretendemos analizar. En este punto, nos interesa destacar y comentar suscintamente, algunas de las muchas formulaciones filosóficas y psicológicas.

Justamente, Bajtín plantea que la única posibilidad de tener una visión plenamente compartida del mundo sería que ambos observadores se fundan en una misma persona: sean uno y, así, se eliminen los puntos de divergencia y, de algún modo, cualquier posibilidad de diálogo. La otredad, sin embargo, demanda el diálogo porque esencialmente es diálogo, porque está en su esencia.

Para José Ferrater Mora, la *otredad* sólo es posible si existe una relación de intersubjetividad entre los *otros* posibles en función de una realidad observable en términos objetivos; la necesidad de una puesta en común de un discurso sobre la realidad. La formulación de dicho discurso se dará entonces en el terreno de las oposiciones y desacuerdos. Así, el *otro* existe en tanto que es observado por mí y, a su vez, esa observación es también generadora de la configuración del *yo* observante; que traza, impone y tensiona los propios límites. La subjetividad siempre emerge –únicamente emerge– en el plano discursivo, es a través de la dialéctica del lenguaje que se da y se expone lo observado-percibido como una relación intersubjetiva.

Podría decirse que la *otredad* se configura desde la mirada del *otro*, desde la tensión que implica su presencia como observante e interviniente en la propia existencia. Este mecanismo, además, es replicable a la totalidad de los

elementos de la realidad, es decir a la construcción social, al *ser histórico* del hombre y su relación con el medio.

En este sentido, puede ser este el punto en que la literatura, lejos de acercarse y confundirse con la realidad, tome su real dimensión: la ficción, y se aleje y diferencie de ella. La literatura, como lo pensó Borges, “[...] promete más posibilidades de expresión” (Borges, 2012, p. 177) y se diferencia del discurso histórico y periodístico ya que “[...] el noticioso, a diferencia de los poetas, no precisa hacer arte: es noticiador de hechos públicos, para los convencidos de antemano de su verdad” (Borges, 2012, p. 177).

Este proceso dialéctico encontrará una perspectiva superadora con Hegel, quien incorpora elementos de análisis al tema de la *otredad* y la relación con el *otro*. En el plano consciente es donde la voluntad tiene el poder de modificación de la realidad; como contraparte, el resultado se da en el plano inconsciente donde existen y conviven otras voluntades. Sin embargo, Dilthey sostiene que existe un núcleo, y es en la zona compartida de los sentimientos donde se da existencia al *otro*, a través de relaciones de parentesco y solidaridad.

Entonces puede observarse que, desde la psicología, se plantea que la *otredad* es una fuerza exterior, una relación de voluntades que se dan en el plano consciente. La voluntad del *yo* convive con la del *otro*, la acepta por afinidad, así como también por necesidad de reconocimiento.

En este repaso del tratamiento que algunos filósofos dieron al tema de la *otredad*, debemos citar a Merleau-Ponty⁵; quien piensa que las relaciones con el *otro*, y las percepciones del *otro*, se dan en una zona compartida. Esta zona es externa al sujeto (*al yo*) y se da como resultado no de la observación del *otro* como objeto, sino percibiéndolo como *una realidad portadora de comportamiento*. En el mundo compartido conviven mi cuerpo y el ajeno,

⁵ Maurice Merleau-Ponty nació en 1908 y murió en 1961. Enseñó filosofía en el Liceo Carnot de París en años de la ocupación nazi, época en la que participó de la Resistencia. Dentro de la filosofía existencial se diferenció de Sartre, por no considerar la conciencia como interioridad, para él la conciencia está inserta en el mundo. Su concepción filosófica planteaba desde la crítica un abordaje que ocupara a todas las manifestaciones humanas, lenguaje, tiempo, etc., y no sólo los problemas de estructuración de la realidad de la filosofía clásica.

formando un todo cuyas partes confluyen como fenómeno único. Las relaciones de comunicación que se establecen en el mundo compartido hacen que la realidad tome una forma común, basada en la intersubjetividad de la comunicación y es en esa realidad común donde podemos ser iguales o distintos; ese es, entonces, el espacio que permite reconocernos; el lugar común que nos acerca o nos aleja. La intersubjetividad implica pensar distinto, pero partiendo de que hay un punto de partida y su opuesto.

Respecto de la *otredad*, y para cerrar esta breve exposición sobre el tema, es fundamental tener en cuenta, una vez más, la otredad en tanto que categoría filosófica y psicológica. Interesa en especial para este análisis detenerse en la postura del filósofo francés Gabriel Marcel, quien postuló la otredad como una relación dialogante en la que sólo podemos existir en función de la existencia de los otros. El filósofo llevó además esta cuestión a los otros yo posibles, es decir que el diálogo no se da únicamente con los demás sino también en la introspección que pone en juego la definición del propio ser y su posición en el mundo.

La particularidad que hace interesante esta idea de Marcel es la concepción de la *otredad* no sólo como relación con los *otros*, sino, además, la relación del *yo* con los *otros* posibles *yo*; es decir, la idea de que “[...] las relaciones que me unen a mí mismo, [...] pueden variar al infinito [...]” (Marcel, 1961, p. 82).

La literatura como forma de superación (cohesión)

Lo que naturalizamos en el devenir de lo cotidiano, por habitual y en ello invisible, se vuelve intolerable desde la ficción que espeja crudamente el sufrimiento, individual o colectivo, que implican determinadas situaciones.

De esta manera, podemos postular que la literatura define identidades y marca los límites entre diversos grupos. Si tomamos los parámetros expuestos desde la perspectiva de Halbwachs, la literatura y el arte aportan, como el mito, a la construcción del *ser social*. Y en consonancia con esto último, desde la perspectiva de la sociología, que mencionamos con anterioridad, los discursos

literarios⁶ se transforman en portadores de los intereses de los grupos y en rectores de sus conductas. Debemos tener en cuenta que en siglo XXI, con el híper fragmentado flujo de la información, los discursos se propagan de manera instantánea por las redes. El relato, la explicación de lo que el mundo es, ya no se da solamente a través del mito, la literatura y otras expresiones del arte; tampoco estas formas de expresión/comunicación influyen del mismo modo, y ceden ante los breves y fragmentados mensajes en redes. En este sentido, es interesante destacar que los avances tecnológicos aportaron a una globalización que complejiza la situación. Se da un proceso donde lo local se vuelve global a través de las redes y, también, se accede a lo global desde cada locación por alejada y particular que ésta sea.

Discursos, realidad hecha signo

Las formulaciones discursivas sobre algunos conceptos, la libertad, la muerte, el amor o la guerra, tienen una estrecha relación con las expresiones artísticas que históricamente fueron concibiendo una *consciencia de época*, a estas formas (propias de la literatura y el arte), se le suman la difusión de noticias y la divulgación de cierta información que operan del mismo modo; con la misma intención y el mismo efecto. Así, la validación de ciertas conductas, naturalizan comportamientos que caen en la zona de lo cotidiano sin ser percibidos o entendidos en su real magnitud.

Es pertinente, en línea con lo que venimos exponiendo, la aportación de Ernesto Sábato, que como un eco del pasado resuena hoy con vigencia:

[...] las masas no se mueven mecánicamente, a impulsos de sus apetitos materiales, sino psicológicamente, a impulsos de las ideas o de las fes que algunos hombres les han inculcado, si esos hombres tienen suficiente habilidad, pueden mover a las masas en contra de sus intereses más profundos; hay muchos

⁶ En la actualidad resulta imprescindible extender el análisis propuesto para el discurso literario a todas las formas de expresión, ya sean verbales como no verbales; el cine, la escultura, el teatro y la pintura; el arte callejero y el periodismo; toda forma de expresión es susceptible de analizarse desde este enfoque, ya que cada una a su manera aporta en la configuración de una realidad dada, en un momento y espacio determinados. Se trata, en definitiva, de una concepción del discurso en un sentido más universal.

ejemplos en la historia, pero quizá ninguno tan ejemplar y trágico como el fascismo. (Sábato, 1945, pp. 85-86)

Es en este sentido, en esa línea sutil pero profunda que el escritor argentino señaló hace siete décadas, que la pregunta sobre el verdadero alcance de los mensajes y los discursos se debe dar. Se impone con urgencia una profunda reflexión acerca de los discursos que proliferan postulando una serie de verdades y que, en definitiva, anulan cualquier verdad posible. Las “ideas y fes”, que circulan a velocidades inconcebibles hasta no hace mucho tiempo, son hoy una oferta incalculable que, sin darnos cuenta, puede abrir una profunda herida en esa zona que, en nuestro tiempo, se ha transformado toda en pura frontera.

Conclusión

Es en torno a estos temas que nos interesa reflexionar, como ya hemos dicho, y que tomamos la obra de Carlos Fuentes como una posible respuesta, una forma reflexiva acerca de la realidad, a través de las problemáticas que el autor poetiza en su trabajo, y nos preguntamos cómo los discursos literarios-artísticos –y también periodísticos– van a aportar en el proceso que implica cerrar esta herida abierta que es la pandemia y, en especial, el efecto que representan los discursos sobre el otro que emergieron durante la pandemia.

Retomamos como ejemplo al autor mexicano Carlos Fuentes, con quien abrimos la interrogante e intentaremos cerrarlo. En su novela en nueve cuentos *La frontera de cristal*, la temática central, que ocupa las historias de cada relato, se desarrollan en torno al tema de la frontera y las complejas relaciones que se dan entre ambos países. Ahora bien, esa frontera excede el límite preciso que divide a ambas naciones y se extiende mucho más allá. Se trata de una frontera cultural que, producto de las nuevas formas de comunicación, tienen alcances mucho más amplios. De esta forma, a la “herida abierta” que Fuentes menciona, debemos oponer la obra del propio autor como una posible cicatriz; entendiendo que la cicatriz implica y conlleva la superación de la herida y, a la vez, su memoria y su signo. *La frontera de cristal*, como la mayoría de sus trabajos, implican una forma de pensar y repensarse en la relación con el otro, tanto en el plano individual, psicológico, como en el plano colectivo, social.

Todos los cuentos de este volumen se encuentran unidos por un personaje en común: Leonardo Barroso, que a veces es protagonista y en otras aparece simplemente aludido o conectado indirectamente con la trama y sus participantes. Ya desde el nombre del personaje el autor nos presenta y juega con los sentidos connotados y asociaciones posibles: Barroso es barro, lodo, fango; es también la materia voluble y simboliza la unión entre la tierra y el agua; también es el barro primordial, el elemento creador desde el cual, para algunas culturas, fue creado el hombre. La vasija de barro es el objeto que implicó el lento pero firme camino del nomadismo al sedentarismo y, desde allí, se lo puede vincular con nuestro Barroso, quien de alguna manera representa y se vincula con negocios de frontera que son, en definitiva, promotores, provocadores de movimientos de grupos sociales desplazados, una forma moderna del nomadismo. También es sugestiva la elección del nombre de pila, Leonardo; de allí surge ineludible la conexión con Da Vinci. Leonardo es el creador, el artista que inventa y reinventa. En todo caso, además de estas referencias que se refuerzan desde el nombre del personaje, lo que Fuentes nos presenta no es un conflicto único y cerrado, sino una serie de variables, escenarios y peripecias que confluyen como problemática en ese personaje y sus acciones. En definitiva, Fuentes hace hincapié y muestra que la realidad es amplia y compleja, y que el cristal de la frontera bien puede funcionar como una lente a través de la cual se percibe el mundo. El cristal es la lente que muestra que la realidad es el objeto dinámico sobre el cual las subjetividades construyen su cosmos, definen sus identidades. El cristal es transparente, por eso la mirada no niega al otro, sino que lo expone para percibirlo, para pensarlo y repensarse. En el cuento que da nombre al libro, *La frontera de cristal*, la metáfora alcanza su máximo punto de concreción. En la escena en que los jóvenes personajes se encuentran a través del cristal, frágil y transparente pero presente como límite entre ambos, sus miradas se cruzan efímeramente y en esa forma de amor, de atracción mutua, se expresa la tragedia, la insondable distancia entre ambos y la raíz del problema que provoca el encuentro. Ambos participan sin intención del destino trágico en que se obligan, se colonizan unos a otros, siempre Barroso de por medio.

Como podemos ver, la obra de Fuentes es la cicatriz, es la zona inventada, la sutil región del lenguaje donde existen virtualmente los conflictos y donde se imprimen los rastros simbólicos de ese conflicto; donde se registran y anidan las marcas simbólicas de una experiencia.

Los complejos días que atraviesa la humanidad producto de esta pandemia están demasiado cerca, tienen poco recorrido en cuanto a su registro histórico. La cicatriz de la profunda herida que la pandemia ocasionó y ocasiona aún entre grupos, es una tarea pendiente que el tiempo y la literatura ofrecerán para su análisis.

Desde la antigüedad, el ser humano ha encontrado en el lenguaje no sólo el vehículo e instrumento para la comunicación, sino también el instrumento para la cohesión social y la resolución de conflictos. La formalización de los problemas, ya desde los diálogos platónicos y sus antecesores, pasando por la extensa historia de la filosofía, la literatura y la historia, nos ofrecen un vasto ejemplo del potencial que el lenguaje y el diálogo tienen como forma de percibir y concebir al otro y al propio ser.

La pregunta final retoma el título de este trabajo, y abre una puerta, una serie de interrogantes de los que aún desconocemos sus respuestas ¿qué discursos, y cómo serán, los que de algún modo cierren esta herida o contribuyan a hacerlo? ¿Cómo será la cicatriz que la literatura compondrá sobre esta profunda herida que está infligiendo la pandemia?

El tiempo nos dará, si no una certeza, sí una posible mirada superadora.

Bibliografía

Bajtín, M. (2008). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XIX Editores.

Borges, J. L. (2005). *El tamaño de mi esperanza / El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: De Bolsillo.

Barrenechea, A. M. (2013). Borges y la narración que se autoanaliza. *La Biblioteca* No. 13, pp. 360-372.

Fuentes, C. (2000). *Territorios del tiempo. Antología de entrevistas. Compilación e introducción de Jorge Hernández*. México: Fondo de Cultura Económica.

Halbwachs, M. (2011). *La memoria colectiva*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Marcel, G. (1961). *El misterio del ser*. Buenos Aires: Sudamericana.

Sábato, E. (1945). *Uno y el universo*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.